El Comienzo de la Historia | El Espíritu Santo Descendió

Hechos 2:1–47



Nuestra salvación fue planeada por Dios desde antes de la fundación del mundo y se encuentra en Cristo. No fuimos salvos por nuestros propios esfuerzos, sino por la gracia de Dios. De la misma manera, la venida del Espíritu Santo no fue un accidente. Fue parte del plan que Dios había prometido.

La semana pasada hablamos sobre **"Los Fundamentos de la Evangelización."** El centro de la evangelización es Cristo, y la verdadera evangelización debe ser guiada por el Espíritu Santo. No podemos realizar la obra de Dios simplemente mediante planes y métodos humanos. Para recibir la guía del Espíritu Santo, debemos orar en Cristo y depender de Él.

Hechos 2 nos muestra cómo comenzó la obra de la evangelización. Durante el ministerio terrenal de Jesús, los discípulos siguieron a Jesús y aprendieron de Él. Después de Su muerte y resurrección, Jesús ascendió al cielo. Entonces, de acuerdo con Su promesa, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos.

En Pentecostés, el Espíritu Santo descendió, no por casualidad, sino conforme al plan de Dios. Los discípulos comenzaron a hablar en diferentes idiomas, y personas de muchas naciones los escucharon declarar **"las maravillas de Dios."**

¿Qué estaba en el centro de esas maravillas?

Jesucristo: Su muerte y Su resurrección.

El Antiguo Testamento había anunciado la venida del Cristo, y Jesús cumplió esas promesas mediante Su vida, Su muerte y Su resurrección. El Espíritu Santo vino para capacitar a los discípulos para **testificar que Jesús es el Cristo y el Señor.**

Por eso, la obra del Espíritu Santo siempre está conectada con el plan de salvación de Dios y tiene a Cristo como su centro.

Las personas que escucharon a los discípulos en Pentecostés habían venido de diferentes naciones y regiones. Dios las había preparado para que escucharan el Evangelio en sus propios idiomas y llevaran ese mensaje de regreso a sus comunidades.

Nosotros también hemos sido preparados por Dios para este propósito.

Dios nos ha salvado y nos ha dado el Evangelio para que seamos testigos de Jesucristo.

Por lo tanto, debemos recordar tres cosas: **Cristo, el Reino de Dios y la guía del Espíritu Santo.**

¿Cómo recibimos la guía del Espíritu Santo? **Por medio de la oración.**

La oración no consiste simplemente en pedirle a Dios que cumpla nuestros propios planes. Orar es aferrarnos a Cristo, buscar la voluntad de Dios y pedir que el Espíritu Santo guíe nuestros pensamientos, nuestras decisiones y nuestras vidas.

También debemos aferrarnos a la Palabra de Dios. Cuando meditamos en la Palabra y permitimos que eche raíces en nuestro corazón, nuestros pensamientos y nuestra dirección comienzan a cambiar de acuerdo con la voluntad de Dios. En esta época, es especialmente importante edificar una vida de meditación, oración y obediencia a la Palabra de Dios.

Cuando realmente entendemos el Evangelio, nuestra oración también se amplía. Ya no oramos solamente por nuestros problemas personales. Comenzamos a ver a las personas que necesitan a Cristo, a la próxima generación, nuestra comunidad y las naciones. Nuestra oración comienza a conectarse con el corazón de Dios y con Su Reino.

Dios desea sanar vidas quebrantadas, liberar a las personas del poder del pecado y de Satanás, restaurar lo que se ha perdido y levantar personas que vivan para Su propósito. El verdadero éxito no consiste simplemente en alcanzar lo que el mundo llama éxito; consiste en vivir fielmente en Cristo y cumplir la misión que Dios nos ha dado.

Por eso, Hechos 2 es mucho más que el relato de un milagro del pasado. Nos muestra el comienzo de una poderosa obra de Dios: **el Espíritu Santo descendió, los discípulos testificaron acerca de Cristo, las personas fueron salvas y la Iglesia fue establecida.**

Nuestra salvación está dentro del plan de Dios. Cristo ha realizado nuestra salvación, y el Espíritu Santo ha venido para guiarnos y hacernos testigos de Cristo.

Aferrémonos a Cristo, meditemos en la Palabra de Dios y oremos por la guía del Espíritu Santo. Entonces Dios usará nuestras vidas para proclamar el Evangelio, salvar personas, levantar discípulos y expandir Su Reino.

Que todos podamos vivir como fieles testigos de Jesucristo, aferrándonos a Su preciosa sangre, a Su Palabra y a la guía del Espíritu Santo.